

Lo impuro

MARIO PARAJÓN

Si «razón de la filosofía» es a Marías vivir formulándonos las preguntas radicales y a un nivel de autenticidad que por otro camino no se alcanza, para Jean Guitton se hace filosofía porque se necesita sublimar. Esto lo ha dicho en varios de sus libros, especialmente en el tratado *Del amor humano*, y ahora lo repite en *lo impuro* (PPC S. A. Colección GS). La sublimación es la tarea más inteligente que pueda emprender el hombre y quizá la que puede traerle más felicidad. Su necesidad se presenta con motivo de un conflicto que ninguna época de la historia puede permitirse el lujo de soslayar: trátase del encuentro de la carne y del espíritu y de la presencia o ausencia de la primera en el segundo. No es encuentro armonioso, no se produce felizmente; y no sólo invade el ámbito de los cuerpos amantes, sino que de alguna manera toca todo negocio de la vida dejándonos la impresión de que no fuimos en su trato lo suficientemente puros o de que nos hemos propasado de tales sucumbiendo a algo muy parecido a la tentación fanática.

Guitton le advierte a su público que la sublimación no es el re-

chazo de la carne, ni la estéril división interior, ni el desdoblamiento de la personalidad. Tampoco la carne se limita a ser el sexo.

El rechazo de la carne, guerra del espíritu contra la letra, nacimiento de un grupo de «exigentes» en un mundo muy tolerante, muelle y quizá muy relajado, obedece tal vez a una ley de la historia. En el cristianismo católico los puros son los cataros. Como saben que el cuerpo sufre y se corrompe, declaran que padecen corrupción de origen y que se debe ésta a un principio del mal opuesto al principio del bien de donde procede toda

realidad elevada. Un poco más y condenan la actividad de los sexos porque prolonga la cadena de la especie; y una tercera avanzada y ya resulta que tan inmoral es el matrimonio como el homosexualismo o el ayuntamiento con bestias. Este frenesí del catarismo no se detiene aquí. Persigue actos, palabras, solicitudes, trabajos o quehaceres en que el llamamiento de los sentidos esté presente a cuerpo de protagonista o figure con alguna luz de subrayado. El cátaro se lanza a condenar. Es como si los hombres hubiéramos nacido para pescar sin redes y ya fuéramos culpables no bien nos mojamos las manos mas allá de la punta de los dedos.

Aquí Guitton aprovecha para insinuar a los católicos de nuestro tiempo que se están propagando en punto a esa purificación que le exigen a la Iglesia y que la dejaría demasiado en los huesos si se realizara. El ataque excesivo a la burocracia de la espiritualidad, a lo que representa el Vaticano de oficina suntuosa de la salvación, podría ser manifestación de ese catarismo tan jansenista en su apariencia y tan disolvente en el fondo. Desterrada esta salida que Guitton ve como de todos los tiempos y en especial muy del nuestro, queda la aceptación del desgarramiento interior y el desdoblamiento. Al desgarramiento Guitton lo ataca con especial denuedo pues de alguna manera fue educado en él. Consiste en sentir dentro de sí el tirón hacia arriba y el tirón hacia abajo y presentarle batalla al segundo

con todas las armas de la voluntad. Con un pie se pisotea la mala raíz y una de sus yerbas queda fuera de la batalla y se ocupa de fructificar y crecer mientras nos imaginamos, ilusos y orgullosos, que la hemos abrido entera. Estampas antiquísimas de las que la literatura nos ha hecho entrega y que nunca se contentan con menos que con el ciclo entero de la gula en el convento, la campesina perseguida por el fraile, las tenazas en los glúteos del patán y las tijeras de la autocastración, nos han convencido con los siglos de por medio de su marca inútil y grotesca de fábrica. Guitton piensa que el hombre

ha de sublimar sus instintos, no aplastarlos ni tampoco darles contento. Sublimación, para él, es aplazamiento. El pudor, por ejemplo, aplaza. Obedece a una aspiración del hombre que consiste en súper-existir. El hombre quiere hacer algo más que existir y Lachelier describía esta aspiración así: «todos llevamos la idea de un modo de existencia superior a la nuestra, de una vida futura que no logramos alcanzar». Y para encaminarnos a ella, quizá el primer paso consista, mediante el pudor, en eludir la representación dentro de nosotros de lo que no debe representarse porque misteriosamente en esa situación es donde apare-

ce como obsceno. Pero quizá donde la sublimación se ejercite mejor sea en el interior del espíritu que se traza el proyecto de una obra de vida y decide serle fiel a machamartillo. Nunca estamos tan cerca de nosotros mismos como cuando le cumplimos al otro (o la otra) la palabra empeñada. Duele el sacrificio de renunciar a lo que se renuncia pero lo que permanece después no es amargo ni frustrado: asegura Guitton que es paz en medio de la pena y sentimiento de haber alcanzado en altura otro escalón dirigido hacia esa súper-existencia de la que nada sabemos, pero que intuimos como habitada por la luz.